C. NOZOMI

SILUETAS EN LA PENUMBRA



Áurea Ediciones

I

—Al menos intenta no parecer dormido.

Harriet lo despertó con un golpe de periódico enrollado. La última semana del mes era la de exámenes, y la falta de sueño abundaba en la biblioteca.

—Harry, te pedí que no volvieras a hacer eso.

—¿Lo de golpearte? —preguntó Owen sentado a su lado.

—No, lo de despertarme.

Si para muchos la semana de exámenes era una dura prueba de sacrificio y dolor, para Elías era la tortura más cruel que podía dársele, ya que no solo consistía en su dolor personal, sino también el de sus mejores amigos y el resto de sus compañeros de clase. A esa hora la biblioteca bullía como infierno en su apogeo; almas desdichadas buscando la salvación en el páramo de la desesperación, y a nadie parecía dolerle.

Al dar las cuatro de la tarde, los tres amigos salieron lo más rápido posible en medio del tumulto, bajando las escaleras de la entrada como si sus vidas dependieran de ello.

—Estoy empezando a pensar que quizás no necesito terminar la escuela, ¿qué dicen? —Elías caminaba mirando al cielo.

—No me hagas decirte lo mismo de siempre, por favor —respondió la chica de pelo corto con desgano.

—Bueno, tu "no-proyecto-no-sueño" requiere de estudios, ¿no? Para ello sí necesitas la escuela —remató Owen con simpatía.

—Son unos aburridos, es un decir. La verdad solo estoy cansado —dijo tocándose la nuca.

Bajo el sol de primavera, el viaje a casa fue agotador. Por esas fechas el sol no tenía piedad, y los pocos árboles de la avenida no lograban proteger a quienes por ahí pasaban.

Aunque no todo era tan malo. El pueblo se vestía con luces de festejo cada vez que se acercaban al cambio de estación, y es que la llegada del verano convertía el lugar en un atractivo turístico.

El pueblo escondido de Santa Clara era, en sus inicios, una caleta de pescadores con una iglesia, un mercado, una oficina de correos y una posta, que con los años había progresado en pos de las personas que vivían allí y de los que llegaban para quedarse. Su población era de siete mil personas. Y cada solsticio de verano, se organizaba un festival para conmemorar la fundación del pueblo y la llegada de la estación soleada. Para eso faltaban menos de tres semanas.

Elías amaba esas fiestas, pero bajo el sol solo podía pensar en llegar a casa y darse una ducha. Su casa era una

construcción de piedra y madera en una colina, a la que se podía acceder a través de una escalera y un sendero de piedra. Estaba rodeada de arbustos, tenía un patio grande con juegos infantiles y las flores favoritas de su madre; hortensias celestes y rosas naranjas. La casa tenía dos pisos y muchas ventanas. Había sido construida por sus abuelos cincuenta años antes. En ella vivían nueve personas: Rosa, la madre de Elías; Manuel, su padre; su hermano mayor Luis y su esposa Jennifer con sus hijos Sofía y Benjamín; su hermana Verónica; su hermana melliza Emilia y él.

Rosa siempre repetía las palabras que le había dicho su madre cuando era una niña: "Esta casa es sólida y fue construida para perdurar en el tiempo. Esta casa simboliza a nuestra familia, un lazo que resistirá cualquier tormenta". A Elías le gustaba pensar en eso. Los hermanos mayores iban y venían por temporadas, nunca se iban del todo, lo que confirmaba la infantil idea de Elías niño, de que todos estaban unidos por cuerdas invisibles y que nunca podrían irse sin regresar.

—¡Ya llegué, mamá! —gritó desde la cocina Elías, mientras se servía un vaso de agua.

Rosa emergió desde la puerta que daba al patio ataviada con un sombrero de paja, unos guantes gruesos desgastados y una tijera de podar.

—Ay, mijo, mira cómo vienes —dijo Rosa acercándose a abrazarlo y limpiarle la tierra de la cara—. Todo sucio y desgarbado, ¿qué te pasó?

—Puede que me cayera subiendo la colina.

A decir verdad, caer no era la expresión correcta. Más bien se había distraído mirando a unas chicas en la piscina de una casa, y al ser descubierto, había volteado la mirada, resbalado en un adoquín y caído aparatosamente mientras

seguía rodando cuesta abajo hasta ser detenido por una zarza.

—¿Te duele algo? —preguntó Rosa mientras le limpiaba los codos con un paño húmedo.

—El orgullo —dijo una voz familiar detrás de él.

—¡Emilia! —Elías volteó dramático.

—Sí, sí, lo vi todo, fue un espectáculo —terminó la melliza, con los brazos cruzados, apoyada en el marco de la puerta con una sonrisa triunfal.

Ambos iban a la misma escuela, pero no a la misma clase, no paseaban juntos en los recesos ni tenían amigos en común. Y no era que no se llevaran bien, sino que se llevaban demasiado bien. Mantenían una saludable distancia hasta llegar a casa, donde volvían a ser los hermanos quisquillosos e inseparables.

Era tarde de lavar ropa. No era el panorama ideal, pero nueve personas en una casa se traducían en mucha ropa por lavar, y después del concurso de la semana, habían salido Elías y Emilia elegidos para el día del lavado. El sorteo de la semana era una tradición que Vero había encontrado en internet después de haber discutido con Luis porque ella siempre lavaba los platos después de la cena, y ya no quería hacerlo más.

Mientras seleccionaban la ropa por color, Emilia le preguntó por el futuro.

—¿Has pensado qué harás al salir de la escuela?

Era una pregunta difícil, sin mala intención y bastante directa, pero a Elías lo golpeó como un puño cerrado.

—La verdad sí, pero…

—¿Pero? —preguntó Emilia.

Elías no estaba seguro si su deseo lo haría feliz. Había pensado en él innumerables veces, desde que en la escuela el orientador había pedido que cada estudiante hablara de su futuro. Pero su plan eran muchos deseos y poca visualización de él llevándolo a cabo.

—Pero no sé cómo se lo diré a papá y mamá.

—¿Piensas irte? —preguntó Emilia mirándolo a los ojos.

—Sí —respondió Elías en un suspiro, y agregó—: Pero no es tan terrible, Em, solo pienso, no sé, ir a estudiar a una buena universidad con mis amigos, sus padres volverán a la capital y ellos también, puedo optar a una beca, y… No quiero irme, pero no sé si pueda soportar quedarme.

Emilia lo miró a los ojos y, a través de aquella conexión que escuchó una vez que tenían los gemelos, lo comprendió todo. Lo abrazó porque entendía a qué se refería. Él amaba a su familia, a su pueblo y a su gente, y siempre había sido feliz con su vida y lo que pasaba en ella, pero parte de crecer es desear más, tomar las riendas y salir a la aventura.

—No estás solo, yo también me iré, Ele —dijo decidida y jocosa, aunque insegura añadió—: Si es que puedo hacerlo.

—¿De verdad?

—Sí, quiero estudiar, conocer la ciudad, ir a fiestas, vivir en un apartamento con amigas… Tú sabes, las cosas que siempre quisimos. A fin de cuentas, no somos tan distintos.

—Somos iguales, Em —dijo abrazándola de vuelta—. Extrovertidos, hermosos y radiantes, ¡y nadie va a poder detenernos!

Rieron un rato mientras terminaban de separar la ropa. Quizás no sería tan difícil explicarles a sus padres si lo hacían juntos. La determinación de un plan concreto hacía que Elías ansiara el momento del cambio cada vez más,

pero aún quedaba un poco de tiempo para el fin del año escolar y poco más para el final del verano. Por ahora debía aprobar y disfrutar la calma antes de la tormenta.